

BIBLIOGRAFÍA

AL LECTOR

Desgraciadamente para la salud y el volumen de la sección bibliográfica, hay una escasez pavorosa de libros; y felizmente — comentará algún espíritu malévolo — para la inmunidad del gusto y la tranquilidad de la belleza, esa escasez es real.

Pero al margen de las malevolencias y con santa intención, nos creemos en el deber de exteriorizar nuestra sorpresa ante crisis tan sin precedentes en un país que, como el nuestro, tiene nueve poetas por cada diez habitantes y dieciocho libros, por cada nueve poetas. Acaso el rigor inicial del invierno haya obligado a muchos a distraer los originales de la imprenta y darles una indispensable función de combustibles. Y, acaso, también debido a ello, el invierno se ha sentido sofocado por tanto inédito desfogue poético y nos ha dado una edición anacrónica y estival de la temperatura.

Y siguiendo en estas sensatas apreciaciones, que tal vez alteren la augusta majestad de algunos vates cafeteriles y declamadores, no podemos olvidar otro factor determinante de esta crisis literaria: la época en que se efectúan los concursos, porque evidente es que éstos, a pesar de algunos magníficos fallos, ejercen una fascinadora atracción sobre la nunca adinerada grey apolínea.

Reiteramos, pues, nuestro asombro, al comprobar que nuestros poetas han podido pasar un mes sin dar su dentellada de bronce... o de manteca, a la pétrea manzana de la posteridad.

ROBERTO IBÁÑEZ

"EN LA RED DEL SILENCIO"

VERSOS DE MANUEL BENAVENTE. (Pay-sandú)

Manuel Benavente acaba de publicar, tras largos años de recogimiento, un nuevo libro.

Su poemario comprueba que ha sabido ponerse a tono con la hora, modernizando su espíritu, sintetizando su emoción y haciendo un claro juego de novedosas imágenes.

"En la Red del Silencio" presenta dos aspectos perfectamente discernibles: el primero, que podríamos llamar "antiguo", es más subjetivo que objetivo y delata la estirpe romántica de Benavente, menoscubando su personalidad artística, no por lo romántico en sí mismo, sino por lo que hay de caduco y de manido en la manera romántica.

Este primer aspecto se resiente de falta de síntesis; de expresiones gastadas o redundantes ("loco frenesí", "azul inmensidad", "más llenos", etc.) y de imágenes desacertadas o de relativa originalidad.

Por ejemplo, nos parece desacertado y hasta de mal gusto, comparar a las estrellas con pensamientos y a la noche con una conciencia aclarada por aquéllos. La imagen, a nuestro entender, ha de ser mixta (subjetivo-objetiva) o simplemente objetiva, aunque personalmente esta segunda forma no nos satisface. De lo contrario se caería en abusos verbales y conceptuales; la verdadera belleza, la inefable, lo advierte y lo evita.

Un segundo aspecto presenta "En la Red del Silencio", más feliz y más original. Podríamos llamarlo "moderno" y es más objetivo que subjetivo. Poesías de mérito indudable lo integran, plenas de imágenes gráficas y legiti-

mas. Aunque numerosas, no dejaremos de recordar algunas:

En "El Mate":

"Como el líquido es verde, nos parece que bebemos a sorbos, el paisaje".

En "Shimmy":

"Llenan de humo de música tus baterías el salón".

En "El Café", donde "las horas duermen con olor a baraja, humo y aburrimiento", dice: "Le pediré a la noche que me lleve en sus aguas puras de eternidad; estoy sucio de tedio".

Nos agradan, fuera de las composiciones mencionadas fragmentariamente: "Bailarina", "El Beso" y "Viaje Nocturno" que tiene una extraña dramaticidad.

Hay también poesías de carácter ciudadano, dinámicas y bellas, en las que nos parece vislumbrar la influencia "temal" del Frugoni de los "Poemas Montevideanos".

Manuel Benavente ha sabido darnos, desde su recogimiento provinciano, una noble obra en la que su voz se hace oír acendrada de tiempo y soledad, y limpia de los gárrulos balbuceos primarios.

R. I

"CUENTOS SIMPLES", POR ARTURO SYLVA. — EDITORIAL ALBATROS

El "indio Sylva" — como le llamamos sus amigos — indio a pesar de la "y" extranjera y advenediza de su apellido, venciendo su ingénito abandono, ha dado a la estampa su tercera obra: un volumen de cuentos. En él hacemos un hallazgo: un poeta lírico que escribe cuentos y que, en ellos, no deja de ser un poeta lírico, es decir, subjetivo, íntimo, unilateralmente psicológico. En efecto: no existe, en estos cuentos, lo que caracteriza al novelista racial: la capacidad para pintar más de una psicología a la vez; la descripción de ambiente; el paisaje exterior. Las doce narraciones que constituyen el libro, son como estancias de una sola puerta: una es la salida y una es la entrada: un alma sola nos ofrece el autor; una introspección única. Sabemos lo que siente y piensa un personaje, porque en él converge todo

el interés de la acción; pero los demás surgen desvaídos y apenumbados.

Lo que acabamos de consignar es una impresión acerca de la naturaleza de esta obra. Preciso es agregar que estos ensayos psicológicos unilaterales, implican la revelación de un temperamento maduro de escritor y que están realizados en un estilo elegante y espontáneo, demasiado espontáneo algunas veces.

Y para finalizar, comentaremos ligeramente algunos cuentos.

"El Paralítico" tiene un desenlace fuerte y emotivo.

"Una Injusticia" parece escrito "pour épater le bourgeois". Un proxeneta nos cuenta gínica y tranquilamente sus crímenes y tras el relato de su última aventura, nos habla de su turismo obligatorio...

"El Primer Golpe" contiene páginas de encantadora frescura, de evocación melancólica y tierna.

"La Panadera" nos exhibe el drama de una mujer bella y ambiciosa, casada con un fabricante de pan, un pobre diablo sin levadura de ideal. Ella se cree en el caso de enmendar su vida; pero su vida le salió soneto y hubo de resignarse a seguir vendiendo pan caliente.

"La Confesión de Norma" es el diario de una extraña mujer, egoísta y contradictoria, voluble y sensual. El hombre visto a través de su confesión, está descripto con cierta ingenuidad. Empero, esta narración parece hundir sus raíces en la vida y ser una efusión del dolor y de la ironía del "poeta".

"La Fisonomía Perdida" presenta a un hombre que, en su carrera de actor, se ha obsesionado por la fiel reproducción facial y anímica de los personajes que interpreta. En su delirio de fidelidad y queriendo vivir la vida de los hombres que encarna, va más allá de las intenciones del autor. Y un día, ante el espejo, de hombre a imagen de realidad a reflejo, siente el deseo de conocer su rostro, su propia fisonomía, siempre relegada por la imitación de la ajena. Y al no conocerse, al no hallarse, una lúgubre luna de espanto, despierta la pleamar de su locura.

R. I